

---

# LA CRÍTICA A LA PEDAGOGÍA JESUITA EN LA NOVELA ESPAÑOLA (1898-1914). UN REFERENTE PARA EL ESTUDIO DEL IMAGINARIO PEDAGÓGICO EN EL INICIO DEL SIGLO XX EN EL CONTEXTO ESPAÑOL.

**Jon Igelmo Zaldívar<sup>1</sup>**  
Universidad de Deusto

## Introducción

Durante el último cuarto del siglo XIX la sociedad española experimentó un proceso de «re Cristianización». En este proceso las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza jugaron un papel destacado. Ya en el inicio del siglo XX el avance de la Iglesia en la vida política, social, económica, cultural y educativa española era manifiesto. Como ha señalado Vicente Faubel fue entonces cuando «se produce la primera gran oleada de congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza en España, como no se había producido desde la Edad Media».<sup>2</sup> Un fenómeno que según Fernando García de Cortazar es posible explicar del siguiente modo: «la repatriación de miles de eclesiásticos españoles, procedentes de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, y la entrada por la frontera de fuertes contingentes de clero francés, que huía de la legislación anticlerical de la Tercera República, hicieron culminar el proceso expansivo de la Iglesia en nuestro país».<sup>3</sup>

Este proceso de «re Cristianización» encontraría su respuesta entre diferentes sectores de la población. El movimiento anticlerical que fue creciendo en España a finales del siglo XIX y principios del XX fue incorporando en sus reivindicaciones y protestas a las clases trabajadoras urbanas y rurales, los políticos, los profesionales, los intelectuales y los artistas. Los quince años que transcurren entre 1898 y 1914 marcan un periodo en el que el enfrentamiento entre quienes veían en el avance clerical una amenaza y quienes apoyaban la presencia de las congregaciones religiosas en la vida del país y sus instituciones fue significativo. No siendo hasta la proclamación de la Segunda República en abril de 1931 que el movimiento anticlerical volverían a ganar un protagonismo semejante.

Quienes jugaron un papel de gran importancia en las proclamas anticlericales en la primera década del siglo XX fueron los intelectuales y artistas. Para este sector, entre 1898 y 1914, el foco central de su ataque se situó no solo en una crítica general a las

1. Contacto: [jigelmoza@deusto.es](mailto:jigelmoza@deusto.es)

2. FAUBELL, Vicent: «Educación y órdenes y congregaciones religiosas en la España del siglo XX», *Revista de Educación*, núm. Ext., 2000, p. 137.

3. GARCÍA DE CORTAZAR, Fernando: «La renovación de los efectivos eclesiásticos en la España de la Restauración», *Estudios Eclesiásticos*, 56 (216), 1981, p. 239.

congregaciones religiosas, sino en la particular intromisión de la Compañía de Jesús en las esferas económicas, políticas, culturales, educativas y sociales de España. Un hecho representa el enfrentamiento que los intelectuales desarrollaron contra la Iglesia católica y los jesuitas en este tiempo. El 30 de enero de 1901 en el teatro Español de Madrid se estrenó el drama *Electra* de Benito Pérez Galdós. La obra ponía en relación la visión pesimista del mundo religioso con el deseo de vivir. La representación inaugural fue interrumpida con gritos contra los jesuitas y vivas a la libertad. Este enfrentamiento no era un acto aislado y sin precedentes en la historia de la vida intelectual española. El estudio presentado por Brian J. Dendle titulado *The Spanish Novel of Religious Thesis, 1876-1936*, pone de manifiesto que:

«Desde el tiempo de la Revolución de 1868 hasta la primera Guerra Mundial, la cuestión religiosa fue considerada por muchos intelectuales españoles como un problema fundamental que enfrentaba España. Los debates apasionados que acompañaron al examen del papel de la Iglesia en la vida española en el periodo entre las Cortes Constituyentes de 1869 y el colapso de la Primera República de 1874 obligaron a que muchos españoles se posicionaran: las posiciones adoptadas permanecieron sin variación hasta la Primera Guerra Mundial.»<sup>4</sup>

En este contexto de auge del movimiento anticlerical y de liderazgo por parte de los intelectuales de la crítica a la Iglesia se debe ubicar la publicación de las cuatro novelas que son objeto de estudio en esta comunicación: *El Intruso* (1904) de Vicente Blasco Ibáñez, *Amores de Antón Hernando* (1909) de Gabriel Miró, *A.M.D.G* (1910) de Ramón Pérez de Ayala y *Mirando a Loyola* (1913) de Julio Cejador. Estas cuatro novelas son una muestra tanto del modo en que la Compañía de Jesús fue la orden religiosa que quedó situada en el centro de la diana de los movimientos anticlericales, como de los nuevos frentes de crítica que se abrieron entre 1898 y 1914. Baste mencionar que la gran novedad que ofrecen estos trabajos es que ubican como elemento central de la crítica a los jesuitas el desempeño pedagógico de los proyectos educativos que se estaban desarrollando bajo su liderazgo. De tal forma, estas cuatro novelas se presentan como fuentes históricas de importancia para los historiadores de la educación, especialmente para aquellos interesados en indagar en las particularidades propias del imaginario pedagógico de principios del siglo XX en España.

### **Cuatro novelas clave para entender la crítica a la pedagogía jesuita en el inicio del siglo XX**

El modelo de convivencia religiosa implantado en la constitución de 1876 no satisfizo las aspiraciones tanto de católicos como de liberales. Para los primeros la solución adoptada fue la apuesta por una libertad de cultos encubierta, para los segundos un claro retroceso de las libertades de la revolución de 1868. Estas dos lecturas del acuerdo alcanzado en el inicio de la Restauración se irán distanciando en las dos siguientes décadas y se

4. DENDLE, Brian J.: *The Spanish novel of religious thesis, 1876-1936*, España - Estados Unidos, Editorial Catalia y Princeton University, 1968, p. 1.

manifestarán como dos posturas encontradas a raíz de los acontecimientos que marcan el año 1898. A partir de esta fecha se abre un escenario caracterizado por la continuidad en lo que al enconamiento de las posturas clericales y anticlericales se refiere, y cierta discontinuidad en cuanto a los postulados que sirven de fundamento para articular la disputa abierta. Especialmente desde quienes apuestan por la confrontación respecto a la Iglesia católica, 1898 supone la posibilidad de identificar a la institución católica como el principal culpable de los males de la patria. En un contexto ideológico marcado por el regeneracionismo, siguiendo lo expuesto por Manuel Revuelta González, «el espíritu anticlerical se pondera como un modo de ser, una ética, un comportamiento que se identifica con la libertad, la ilustración y el progreso del individuo y de la sociedad».<sup>5</sup>

Este renovado «espíritu anticlerical» encontrará como ejes centrales que articulan su discurso dos características: la integración de argumentos pedagógicos para la configuración de la crítica de la Iglesia católica y la ubicación de la Compañía de Jesús en el centro de la diana de la confrontación. Una fuente histórica que permite a los historiadores analizar el modo en que estos dos aspectos fueron integrados en la lógica argumentativa anticlerical son los cuatro trabajos señalados como el objeto de estudio central de esta comunicación. A continuación se realiza una detenida presentación de las características propias de cada una de las novelas que permite calibrar la importancia que poseen como fuente para la historia de la educación.

### ***El intruso* (1904) de Vicente Blasco Ibáñez**

*El intruso* tiene una doble vertiente interpretativa: por un lado, es una reconstrucción literaria de la comarca del Gran Bilbao a principios del siglo XX y, por el otro, es una reflexión crítica sobre el lugar que ocupa la Universidad de Deusto dentro de las relaciones económicas y políticas hegemónicas en Vizcaya en el tiempo de expansión industrial posterior a 1898 y antes de la Primera Guerra Mundial. Es importante mencionar que cuando Blasco Ibáñez publicó su novela era una de las principales figuras del movimiento republicano en Valencia, llegando a ocupar entre 1898 y 1907 un escaño en el Congreso de los Diputados por el partido Unión Republicana. Su posición anticlerical era públicamente conocida para entonces, lo que permite determinar sin dificultad su posicionamiento sobre los problemas que son parte de las discusiones que entablan sus personajes en la novela. Baste mencionar que Blasco Ibáñez había llegado a estar encarcelado en 1892 por participar en una reyerta con peregrinos que se dirigían a Roma y que en ese mismo año había publicado la novela *La araña negra* (1892) en la que criticó duramente a la Compañía de Jesús.

De las dos vertientes que ofrece el libro resulta de especial interés para el análisis de este trabajo la que se refiere al papel que una institución como la Universidad de Deusto jugó, desde la perspectiva de Blasco Ibáñez, en la economía, la educación y la política de Vizcaya. La casa de enseñanza universitaria de Deusto había sido fundada en 1886. La compra de terrenos en el entonces municipio de Deusto y la construcción del primer edificio de la universidad fue financiada por la sociedad anónima La Enseñanza Católi-

5. GONZÁLEZ REVUELTA, Manuel: *El anticlericalismo español en sus documentos*, Barcelona, Ariel, 1999, p. 18.

ca, una sociedad constituida en 1883 por adinerados socios bilbaínos.<sup>6</sup> El nuevo espacio se convertiría en poco tiempo en un símbolo no solo del creciente capitalismo vizcaíno, sino también del papel de la Compañía de Jesús en la sociedad vasca de finales del siglo XIX y principios del XX.

Blasco Ibáñez plantea en *El intruso* una crítica frontal a la complicidad y colaboración educativa que la Compañía de Jesús ofreció por medio de la Universidad de Deusto a los capitalistas Vizcaínos. Como señala Ignacio Elizalde, la tesis del escritor valenciano es que «los jesuitas influyen a través del confesionario y poseen el control de la moderna industria».<sup>7</sup> En la novela se señala que los jesuitas «eran como los juncos que delatan en la estepa la presencia oculta del agua. Donde ellos aparecen no era posible la duda: la riqueza era un hecho».<sup>8</sup> Los centros de educación superior de los jesuitas, según Blasco Ibáñez, no se conformaban con tener una influencia directa en los hijos de las familias adineradas, también inspiraban actitudes políticas a los padres de los estudiantes. De ahí las siguientes afirmaciones que aparecen en la novela:

«Allí (en la Universidad de Deusto) estudiaban los hijos de las principales familias de España. La nobleza rancia y los ricos de sanos principios recluían a sus vástagos en la santa escuela. No corrían en ella peligro, como en las universidades laicas, de tropezar con profesores revolucionarios, y la ciencia antigua y moderna servíase después de bien pasada por el tamiz de Santo Tomás y otros grandes sabios de la Iglesia, únicos depositarios de la verdad.»<sup>9</sup>

Con todo, la crítica que queda expuesta en *El intruso* no es una mera vinculación de la Universidad de Deusto con el poder económico del momento. El escritor valenciano expone a lo largo de la novela la idea de que la Compañía de Jesús, en el inicio del siglo XX en España, es una institución manifiestamente mediocre. Así, el personaje central de la novela, el médico Aresti, que simboliza la ciencia y el progreso, no duda en calificar de «leyenda» la sabiduría de los jesuitas, hasta el punto de que «algunos se habían distinguido en las ciencias y en las artes como apreciables medianías nada más».<sup>10</sup> Una situación que era en cierto modo contradictoria, pues habiendo estado históricamente vinculados al poder y la riqueza, según el mismo personaje de la novela, «no habían enriquecido a la humanidad con un solo descubrimiento de importancia».<sup>11</sup>

Blasco Ibáñez en la novela crea el personaje de Urquiola con el fin de personificar su denostada crítica a la acción educadora de la Universidad de Deusto. Como antiguo alumno de los jesuitas, durante su formación universitaria, Urquiola había aprendido a buscar «la protección de las familias más linajudas de Bilbao, que veían en él un acabado ejemplar de la juventud sana educada».<sup>12</sup> La admiración que suscitaba Urquiola poco

6. SAENZ DE SANTAMARÍA, Carmelo: *Historia de la Universidad de Deusto*, Bilbao, La gran enciclopedia vasca, 1978, p. 32.

7. ELIZALDE, Ignacio: *San Ignacio en la literatura*, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca y Fundación Universitaria Española, 1983, p. 531

8. BLASCO IBÁÑEZ, Vicente: *El intruso*, Valencia, Prometeo, 1904, p. 138

9. *Ibid.*, p. 181.

10. *Ibid.*, p. 124.

11. *Ibid.*, p. 124.

12. *Ibid.*, p. 93.

tenía que ver con una formación de reconocido nivel académico, sino con la «fuerza muscular y el entusiasmo con que sustentaba las sanas ideas de los buenos padres». <sup>13</sup> Al discutir con el doctor Aresti es el propio ex-alumno de Deusto el que señala sin ambages: «los antiguos tiempos eran los buenos (...) para tranquilidad de todos, hay que volver a la época en que no había progreso y los hombres vivían tranquilos». <sup>14</sup>

La cuestión del progreso en su vertiente científico y social es uno de los ejes centrales de la novela. El médico Aresti y el estudiante Urquiola representan las posiciones a favor y en contra del progreso respectivamente. El pensamiento de Blasco Ibáñez queda manifiesto en Aresti, al tiempo que su crítica anticlerical focalizada en los jesuitas queda ilustrada en la debilidad de los argumentos que plantea Urquiola. Así, para Aresti «En esta tierra había que dar un salto violento, pasar sin auxilio alguno desde las creencias de cuatro siglos antes, todavía en pie y poderosas, a la vida moderna». <sup>15</sup> Y es que los jesuitas «estancando la vida del país, cortaban el paso de los de abajo». <sup>16</sup> Es por eso que al obstaculizar el progreso la educación jesuítica solo podía ser analizada como un obstáculo para la evolución y el progreso social:

«El hombre sería el habitante de la España nueva; pero antes tenían que evolucionar mucho los actuales pobladores del país, dignos descendientes del inquisidor, educados por él en el desprecio a la vida humana, en la facilidad de inmolarla como holocausto a sus creencias.» <sup>17</sup>

### ***Amores de Antón Hernando* (1909) de Gabriel Miró**

Gabriel Miró es uno de los principales exponentes de la novela lírica de principios del siglo XX en España. La expresión de los sentimientos y la evocación de los recuerdos juegan un papel de gran calado en el conjunto de su obra literaria. La novela *Amores de Antón Hernando* se trata de una de las primeras novelas de Miró. Una novela que fue completada en 1922 bajo el título de *Niño y grande*. La forma en que ambos textos se complementan es explicada por Carlos Ruiz Silva:

«*Amores de Antón Hernando* está dividida en cuatro capítulos, y un epílogo que se corresponden, dos y dos, a las dos primeras partes y a un pequeño fragmento de la tercera, respectivamente, de *Niño y grande*. El lector interesado podrá advertir las diferencias, numerosas, pero no sustanciales, entre ambas versiones. Ciertamente la obra, tal como fue publicada en 1909, contempla de manera implícita un desarrollo embrionario al que Miró dio curso en la tercera y más amplia de las tres partes en que se divide *Niño y grande*. En *Amores de Antón Hernando* la primera está dominada por la vida en el internado de un colegio de jesuitas.» <sup>18</sup>

13. *Ibid.*, p. 92.

14. *Ibid.*, p. 99.

15. *Ibid.*, p. 132.

16. *Ibid.*, p. 134.

17. *Ibid.*, p. 136.

18. RUIZ SILVA, Carlos: «Introducción», en MIRÓ, Gabriel: *Niño y grande*, Madrid, Castalia, 1988, p. 28.

La relación de Miró con los jesuitas se remonta a los cuatro años que van de 1887 a 1891, cuando fue colegial de Santo Domingo en Orihuela.<sup>19</sup> Este centro había sido fundado en 1872 y en sus primeros años había iniciado su actividad docente como una institución jesuita camuflada como consecuencia de la situación convulsa y beligerante hacia los jesuitas que vivía la política española en aquel año. Desde el inicio el colegio recibía alumnos internos y externos. El número promedio de estudiantes en el centro entre 1875 y 1906 era de 200, de los cuales 144 (72%) eran internos y 56 (28%) externos.<sup>20</sup>

Desde esta perspectiva, *Amores de Antón Hernando* tiene un componente biográfico destacado. Las descripciones que realiza del colegio de Orihuela así lo atestiguan: «La frialdad y el silencio de los estudios, del refectorio y de los claustros; los hondos pasadizos cavados dentro de los muros; las siniestras hornacinas de los dormitorios».<sup>21</sup> Siendo este un hecho de gran importancia, ya que la novela transmite al lector la percepción que un joven que está iniciando la adolescencia tiene de las vivencias como colegial en un centro de secundaria de la Compañía de Jesús. Aunque existen reflexiones de carácter económico-social que vinculan a los jesuitas con las clases adineradas, se menciona, por ejemplo, que «en la comida *Deo gratias*, todos contaban de sus casas y bienes»,<sup>22</sup> la introspección de carácter sentimental es el eje central de la reflexión que Miró plantea en relación con la concepción de la educación de los jesuitas. Siendo la melancolía un sentimiento que brota en la novela al describir el personaje de Antón sus recuerdos en el colegio: «todas mis sensaciones, ayudadas de mi flaqueza, me mustiaron y entristecieron».<sup>23</sup> En esta mirada, además de la melancolía, el miedo se presenta como el elemento que rige la disciplina de la institución:

«Toda la semana de ejercicios guardábamos riguroso silencio. No teníamos clase, leyendo sólo libros de piedad y meditación; cantábamos, sin órgano, preces y salmos, y escuchábamos tres pláticas diarias. El Pecado, la Muerte y el Juicio Final eran palabras que, se cernían siempre sobre nosotros, como las aves que rodean la querencia de los muros y torreones del colegio.

Sepultóse mi alma en el pensamiento del Infierno y ansié penitencias horrenas que me salvaran. Hincábame plumas y lápices en el cráneo y me privé de comer tocino.»<sup>24</sup>

El argumento central de los primeros capítulos es el amor que siente Antón por Elena Bellver y las dificultades que éste tiene para encauzar su atracción. Estas dificultades conducen al protagonista a enfrentarse con las autoridades del Colegio. Aquí el celoso control de la conducta de los estudiantes por parte de los jesuitas se hace visible: «Todo lo supo el Padre Rector y la comunidad, y seguidamente fue avisada mi familia».<sup>25</sup> Al mismo

19. REVUELTA GONZÁLEZ, Manuel: «Un colegio de segunda enseñanza en Orihuela durante el Sexenio revolucionario», *Anales de Historia Contemporánea*, 2, 1983, pp. 131-153 (p. 133).

20. REVUELTA GONZÁLEZ, Manuel: *Los colegios de jesuitas y su tradición educativa (1868-1906)*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1998, p. 27.

21. MIRÓ, Gabriel: *Niño y grande*, Madrid, Castalia, 1988, p. 80.

22. *Ibid.*, p. 83

23. *Ibid.*, p. 81.

24. *Ibid.*, p. 103.

25. *Ibid.*, p. 98.

tiempo, Miró hace alusión, como contrapeso en la balanza de la crítica, a la comprensión que ciertos padres ofrecían a los estudiantes, lo cual mitigaba el estricto ejercicio de la disciplina y vigilancia y sacaba a los estudiantes de la melancolía. Esta comprensión hace que el trabajo de Miró sea, en comparación con las otras cuatro novelas analizadas en esta comunicación, el que ofrece una visión más equilibrada del desempeño pedagógico de los jesuitas:

«Al padre Salguiz o padre astrónomo, según se le llamaba, apenas lográbamos verle. Sólo algunas veces distinguíamos, por la crujía del oratorio, un costal con bonete que se nos escapaba, como si rodase, por una puertecita ferrada, donde comenzaban las escaleras, que subían retorciéndose a la cumbre de la más alta torre del colegio. Allí tenía su observatorio, y su lecho y morada, como un mago. (...)

—¿Tú eres el endemoniado?— me preguntó limpiando con los trozos de gamuza una hermosa lente. Era el único que nos tuteaba. Y me estremecí.

—Padre: ¡yo soy! —y, acongojado, me postré en el reclinatorio.

Apenas principada la confesión, levantóse el padre Salguiz de su vieja butaca.

—¡Escrúpulos, escrúpulos...! Anda, sube conmigo, y verás el lucero... Le obedecí, llorando, muy contento. Y desde la callada altura me asomé a la ciudad despeñada, rota.»<sup>26</sup>

### **A.M.D.G. (1910) de Ramón Pérez de Ayala**

La novela *A.M.D.G.* de Pérez de Ayala, según ha señalado Andrés Amorós, no es «una novela aislada: forma parte de un conjunto integrado por las cuatro primeras novelas de Pérez de Ayala. Esta primera época (1907-1913) se caracteriza por el tono autobiográfico, el pesimismo vital y la crítica a España».<sup>27</sup>

Por lo tanto un aspecto clave es el contenido autobiográfico que posee la novela. Baste mencionar que Ramón Pérez de Ayala estudió en el colegio de los jesuitas de la Inmaculada de Gijón (*Regium* en la novela), centro de estudios que aparece descrito en su novela. La psicología del personaje principal del relato, Bertuco, coincide con algunos de los rasgos conocidos del novelista.<sup>28</sup> A lo que hay que añadir el hecho de que muchos de los profesores jesuitas y alumnos del colegio que aparecen en la novela tienen su correspondencia en personas que Pérez de Ayala conoció siendo alumno del colegio de Gijón de la Compañía de Jesús. El caso más llamativo y conocido es la caracterización realizada en la novela de Julio Cejador de la figura del padre Atienza.

El pesimismo vital queda manifiesto en el escenario central de la novela: el colegio de la Inmaculada de Gijón, uno de los principales centros de segunda enseñanza que había sido fundado en 1890 y que llegó a contar con un promedio de 230 alumnos por año entre 1875 y 1990.<sup>29</sup> El centro es descrito en *A.M.D.G.* como una «grave y cejijunta mole» que parecía por su arquitectura un «manicomio», con un patio de «tercera división, preso en un claustro de arcos de medio punto» y con pasillos con paredes donde «penden

26. *Ibid.*, pp. 100-101.

27. AMORÓS, Andrés: «Introducción», en PÉREZ DE AYALA, Ramón, *A.M.D.G.*, Madrid, Cátedra, 1983, p. 19.

28. *Ibid.*, p. 64.

29. REVUELTA GONZÁLEZ, *op. cit.*, 1998, p. 27.

femeninas copias de Murillo, pintadas por el hermano Urbina, aquel prevaricador de insolente brocha que infestó de mamarrachos los colegio de la Orden».<sup>30</sup>

Manuel Revuelta González ha señalado que «el antijesuitismo de *A.M.D.G.* puede calificarse de argumental, porque toda la acción de la novela se desarrolla dentro de los muros del Colegio Gijón».<sup>31</sup> En este escenario pedagógico Pérez de Ayala articula su visión de las dinámicas que caracterizan la vida en un centro de segunda enseñanza gobernado por los jesuitas. En la novela pone especial atención a la lógica pedagógica que inspira las acciones educadoras de los jesuitas y el modo en que estas son percibidas por los alumnos del centro. En este sentido, según queda plasmado en la novela la autoridad de los jesuitas era percibida por los estudiantes como «dotada de dones adivinatorios».<sup>32</sup> Una autoridad inquisitorial que se representaba a diario en una dinámica de vigilancia, sorpresa y perdón:

«Conejo, desde que era Ministro, tenía en jaque también a los alumnos. Inopinadamente y con pie tácito se filtraba en los estudios, y andando de puntillas, iba de un lado a otro escudriñando lo que se hacía, metiendo el morro por encima del hombro de los chicos, afanoso de sorprender alguna acción punible, más que por castigarla por darse el gustazo de haberla descubierto, por dar a entender que era hombre a quien nadie engañaba, y, a última hora, por mostrarse magnánimo y perdonar.»<sup>33</sup>

Por su parte, la crítica a España encuentra lugar en la concepción que se realiza en la novela de la dinámica decadente en la que se encontraba una orden religiosa como la Compañía de Jesús, que durante siglos había sido una de las referencias culturales y de pensamiento en el contexto español. Así, un aspecto que Pérez de Ayala aborda de forma directa es el referente al bajo nivel cultural que caracterizaba a un número destacado de jesuitas dedicado a la enseñanza. Las palabras que en el relato pronuncia el padre Atienza son reveladoras: «Estos Hermanos nuestros, que vienen directamente de la rusticidad a la Compañía, son tremendos. Luego dirán por ahí afuera que todos los jesuitas son hombres de mundo... ¡Vaya por Dios!»<sup>34</sup> Por su parte, el padre Ocaña se manifiesta en la novela de la siguiente forma: «Imaginé que nosotros, los maestros, éramos imaginados como personas. No sé si algunos lo serán: yo no lo soy. No sé nada, no veo nada claro, no sé a dónde vamos, ando a tientas, entre zozobras y presentimientos de un no sé qué».<sup>35</sup> A todo lo cual hay que añadir escenas en las que Pérez de Ayala no duda en caricaturizar el fundamento supersticioso que motivaba la acción de los padres del centro:

«A eso de las once llegaba a la enfermería, después de muchas peripecias, porque a tal hora los fámulos barrían los tránsitos y el padre Landazabal no pisaba las barreduras del mundo. Era una reliquia de su vida de misionero: el evangelizaba a los salvajes, y los salvajes, a trueque de esto, le infundían innumerables supersticiones. En el colegio

30. PÉREZ DE AYALA, Ramón: *A.M.D.G.*, Madrid, Cátedra, 1983, p. 133.

31. REVUELTA GONZÁLEZ, Manuel: *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea. Tomo II. Expansión en tiempo recios (1884-1906)*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1991, p. 717.

32. PÉREZ DE AYALA, *op. cit.*, p. 140.

33. *Ibid.*, p. 154.

34. *Ibid.*, p. 161.

35. *Ibid.*, p. 178.



barría con aserrín húmedo, y Landazabal había aprendido en el Perú que pisar aserrín o despojos de madera es causa de desgracia.»<sup>36</sup>

La propia pedagogía de los jesuitas se presenta como una práctica caduca que implica una crítica a España en la medida que importantes sectores de la población aún mantenían como referencia cultural a los colegios de la Compañía de Jesús. Respecto a las nociones pedagógicas que inspiraban la práctica educativa del centro, Pérez de Ayala apunta el hecho de que era una pedagogía recelosa de la ciencia: «La ciencia, en vez de sacramento, se convertía en guiñapo de vanagloria y presa a propósito para ser disputada a mordiscos y uñaradas».<sup>37</sup> Una pedagogía que daba la espalda a la experimentación como elemento sustancial del proceso de enseñanza y aprendizaje. Son palabras del joven padre Mur en la novela: «Pero ¡qué la experiencia propia! ¿No os lo dice la sabiduría eterna? El corazón humano es seco, pedregoso, y no lo ablanda si no es temor de las penas venideras o el recuerdo de las pasadas, y muchas veces, aún ni eso».<sup>38</sup> Más bien, el principal fundamento de la pedagogía de los jesuitas, según Pérez de Ayala, era la disciplina. Lo que implicaba: «adiestramiento militarista del carácter y de la sensibilidad, sustituir con el principio de la jerarquía militar el de igualdad, y con el de obediencia militar el de igualdad, y con el de obediencia militar el de fraternidad; obediencia absoluta, *perinde ac cadaver*».<sup>39</sup>

En última instancia los centros educativos de los jesuitas, siguiendo la novela *A.M.D.G.*, respondían a un sistema o mecanismo que poco tenía que ver con los problemas que afrontaba España a principios del siglo XX. La Compañía de Jesús, en su desempeño educativo, mostraba distancia en relación con los problemas económicos, culturales, científicos o políticos que pretendían solucionar tanto las organizaciones obreras, como los políticos liberales o los intelectuales regeneracionistas. Así, mientras que desde estos sectores de la sociedad española la educación se posicionó después de 1898 como un elemento crucial para pensar el futuro de España, para los Jesuitas la educación era, como queda expresado en *A.M.D.G.* un «ingente y delicado mecanismo, cuya operación consiste en tejer la hilaza de la historia humana, de manera que Dios se gloríe de ella en la mayor medida posible, gracias a los hijos de San Ignacio».<sup>40</sup>

### ***Mirando a Loyola* (1913) de Julio Cejador**

Como ha señalado Fermín Ezpeleta Aguilar «*Mirando a Loyola* constituye el auténtico ajuste de cuentas de un jesuita que ha abandonado la Compañía por motivos personales de conciencia».<sup>41</sup> Entender lo que la novela tiene de ajuste de cuentas conlleva acercarse a la biografía de Julio Cejador. Así, el autor de *Mirando a Loyola* había dejado la Compañía de Jesús en 1899 para pasar al clero secular. Atrás quedaba su experiencia docente en el colegio de Carrión durante dos cursos, 1889-90 y 1990-91, sus estudios de teología en

36. *Ibid.*, p. 262.

37. *Ibid.*, p. 218.

38. *Ibid.*, p. 199.

39. *Ibid.*, p. 215.

40. *Ibid.*, p. 151.

41. EZPELETA AGUILAR, Fermín: «Sobre narrativa pedagógica antijesuítica: Dionisio Pérez y Julio Cejador», *Voz y Letra: revista de literatura*, 21 (1), 2010, pp. 51-66 (p. 59).

el Colegio Máximo de Oña, su Cátedra de Hebreo en la Universidad de Deusto y sus tres años en Oriente estudiando lenguas orientales en la Universidad de San José de Beirut.<sup>42</sup> Una vez distanciado de los jesuitas aceptó la cátedra de Escritura y Teología del Seminario Conciliar de Madrid en 1902, pasando en 1914 a dar clases en la Universidad Central.

*Mirando a Loyola* es de las cuatro novelas analizadas en este trabajo la que presenta un resultado literario más pobre. Si bien, es posiblemente el trabajo más crítico con la educación impartida por la Compañía de Jesús publicada entre 1898 y 1914. Ignacio Elizalde ha llegado a calificar las críticas de Cejador a partir de tres calificativos: «rencorosas, duras, desorbitantes».<sup>43</sup> Su valor como fuente para la historia de la educación es, por tanto, incuestionable. La novela relata la pugna interior de Enrique Ortuño por tomar una decisión vital que o bien le lleve a decantarse por el amor de Manolita, una joven madrileña que ha conocido en la iglesia madrileña de San Ginés, o bien le remita a dar salida a su vocación de integrar la Compañía de Jesús. Por un tiempo Enrique decide su ingreso como novicio en Loyola, lo que abre en la novela un relato en primera persona de las memorias el propio Enrique durante su tiempo de formación en Loyola.

El sentimiento de profunda decepción es el que recorre de forma transversal la experiencia formativa con los jesuitas de Loyola. Y es que Enrique una vez en el noviciado no tarda en constatar que «No era el Loyola que soñaba» y que «todo olía allí a muerte».<sup>44</sup> Una decepción que se revela una vez que conoce desde dentro la forma en la que operan los jesuitas en su proceso formativo interno, baste mencionar algunas sentencias contundentes integradas en el relato: «A poco que se les trate, y cuando ya se le tienen cogido a uno, la miel primera se convierte en hiel»<sup>45</sup> o «todo ese panderetero del Padre Aquaviva y del Padre Oliva y demás Generales y Reglas es sonsonete y engañabobos».<sup>46</sup> Asimismo, Julio Cejador pone en boca de algunos de los personajes de la novela, en esta ocasión unos amigos de Enrique que había conocido durante su tiempo como alumnos del Colegio de Chamartín de la Compañía de Jesús, la idea de que los jesuitas promulgaban una «religión de bambalinas» que incluía mucho de «devoción a santitos de cartón piedra, de papelitos recortados, de velas, moteles y villancicos» y muy poco de «lo que es gozar de la vida».<sup>47</sup>

Quizá el aspecto más interesante de la novela de Julio Cejador guarde relación con el hecho de que el propio autor articula su crítica a la pedagogía de los jesuitas desde el conocimiento adquirido en su experiencia personal como jesuita. Es acertado en este sentido lo expuesto por Manuel González Revuelta respecto a *Mirando a Loyola*: «la trama novelesca es un pretexto para emparedar unas memorias biográficas que constituyen la sustancia de la obra».<sup>48</sup> En este sentido uno de los aspectos más destacados de *Mirando a Loyola* está ligado a la importancia que para el autor tiene las nociones de denuncia y delación en la articulación de la pedagogía ignaciana. Y es que para Cejador, en palabras

42. MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, José (2001): «Cajador Frauca, Julio», en O'NEILL, Charles E. y DOMÍNGUEZ, Joaquín M<sup>a</sup>: *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid - Roma, Universidad Pontificia de Comillas y Institutum Historicum, 2001, p. 731.

43. ELIZALDE, *op. cit.*, p. 423.

44. CEJADOR, Julio: *Mirando a Loyola*, Madrid, Renacimiento, 1913, p. 92.

45. *Ibid.*, p. 163.

46. *Ibid.*, p. 139.

47. *Ibid.*, p. 13.

48. REVUELTA GONZÁLEZ, *op. cit.*, 1991, p. 707.

de su personaje Enrique, los jesuitas «traen apretadas las conciencias de los súbditos con la delación, con la cuenta de conciencia, con las congojas de no poderse confesar con libertad y con el continuo espionaje». <sup>49</sup> Sobre esta cuestión el personaje de Enrique, durante su tiempo en el noviciado de Loyola, entabla una interesante conversación con el hermano Bustamante, quien había renunciado a su profesión de abogado para entrar a la Compañía de Jesús. Como se puede ver en la palabras que ambos intercambian, el sistema ético que rige la educación impartida por los jesuitas deviene en un marco en el que el acusador siempre mantiene la iniciativa respecto al acusado: «no es acertado proceder el dar casi siempre crédito al acusador y pocas veces al culpado o tenido por tal, y que no es juez quien sin oír satisfacciones y disculpas sentencia». <sup>50</sup>

Finalmente, el propio Cejador no duda en señalar el posicionamiento político de la Compañía de Jesús al inicio del siglo XX. Considera que para los jesuitas «solo están limpios los integristas». <sup>51</sup> De tal forma que es la Compañía de Jesús la que «lleva la bandera del partido integrista español», siendo este considerado como «el único que conserva puro e íntegro el depósito de la fe». <sup>52</sup> El posicionamiento político también queda señalado de forma explícita por parte del político liberal Juan Acebo, un personaje que aparece de forma repentina en una reunión de la alta sociedad madrileña a la que acude Enrique Ortuño en el inicio de novela:

«Usted no debía haber abandonado, como dicen esos señores, el partido liberal, y menos para hacer causa común con esos echacuervos de jesuitas, que son los que con sus astucias tienen minado al país. Hay que desenmascararlos a ellos y a los que los encubren, pasando al mismo tiempo por afiliados a los partidos liberal y conservador.» <sup>53</sup>

## Conclusiones

Para la historia de la educación la fecha de 1898 tiene un calado significativo. María del Mar del Pozo ha presentado un análisis preciso sobre esta cuestión:

«Uno de los rasgos más conocidos y mejor estudiados del regeneracionismo fue su crítica constante a los llamados ‘males de la nación’. Y, de entre ellos, quizás el más citado fue la ignorancia del pueblo español, su atraso, su falta de cultura. En este hecho se encontró la explicación para la derrota de Cuba. Al igual que los franceses, tras la ‘debacle’ de Sedán, repitieron hasta la saciedad que el vencedor no era el Ejército, sino el maestro de escuela alemán». <sup>54</sup>

49. CEJADOR, *op. cit.*, 1913, p. 163.

50. *Ibíd.*, p. 129.

51. *Ibíd.*, p. 155.

52. *Ibíd.*, p. 155.

53. *Ibíd.*, p. 37

54. DEL POZO ANDRÉS, María del Mar: «El discurso pedagógico del regeneracionismo español: de la univocidad a la polisemia», en RUIZ BERRIO, Julio; BERNAT MONTESINOS, Antonio; DOMÍNGUEZ, María Rosa y JUAN BORROY, Víctor Manuel (eds.) *La educación en España a examen (1898-1998)*, Zaragoza, Ministerio de Educación y Cultura e Institución «Fernando el Católico», 1999, pp. 59-74. (p. 62).

La tarea, por tanto, que afrontaron muchos intelectuales y artistas entre 1898 y 1914 fue identificar cuáles eran los «males de la nación». La regeneración demandaba, desde esta perspectiva, observar y detectar con la mayor precisión posible aquellos «males» que era necesario arrancar de raíz. No era suficiente con posicionar un referente discursivo, en este caso la educación, en el debate en torno a las posibilidades de cambio que había en España después de 1898. Y es que las esperanzas de crear una nueva nación, desde esta perspectiva, pasaban también por señalar con el dedo lo que hasta entonces no había funcionado. Quienes fueron señalados con mayor insistencia en este contexto fueron los Jesuitas.

En esta comunicación, tomando como referencias las novelas de Miró, Blasco Ibáñez, Pérez de Ayala y Cejador, se han identificado una serie de argumentos propios del imaginario pedagógico de principios del siglo XX que fueron utilizados para justificar el hecho de que los jesuitas, con especial énfasis respecto a otras órdenes y congregaciones religiosas, fueron situados en el centro de la crítica regeneracionista anticlerical de contenido pedagógico. Así, la Compañía de Jesús era percibida como una organización al servicio de las clases poderosas y ricas que se oponía al progreso científico y social. Su identificación con un «mal de la nación», según sus detractores, respondía a las mediocres aportaciones a la ciencia y el arte que quedaba manifiesto por el bajo nivel cultural de los docentes que formaban los jesuitas en sus noviciados y facultades eclesiásticas.

Por su parte, en el proceso de regeneración que asumía como necesario buena parte de la sociedad española y que era impulsado por un sector considerable de los intelectuales españoles, el discurso educativo ocupó un lugar destacado. Es entonces cuando, siguiendo a Manuel Puelles, «entre todos los problemas acuciantes, la educación adquiere, para todos, un papel singular y protagonizante».<sup>55</sup> Posiblemente fue Joaquín Costa, todo un referente indiscutible del movimiento regeneracionista, quien mejor plasmó la relevancia de la tarea que afrontaba España y el peso que la educación habría de tener: «escuela y despensa y siete llaves al sepulcro del Cid».

No es de extrañar que el otro foco de las críticas que se ha señalado en el análisis de las novelas *El intruso*, *Los Amores de Antón Hernando*, *A.M.D.G.* y *Mirando a Loyola* sea la crítica pedagógica. En función de esta crítica la obra educativa de la Compañía de Jesús es conceptualizada como una pedagogía basada en el miedo, que promociona un modelo de enseñanza y aprendizaje que no atiende a los sentimientos, donde la vigilancia y la delación es la norma común sobre las cuales pivota el resto de acciones pedagógicas implementadas en los centros educativos de los jesuitas. En buena medida, esta crítica era posible en el contexto español por el hecho de que para entonces ciertas nociones básicas de la pedagogía moderna estaban ganando un protagonismo destacado en el contexto regeneracionista que vivía España. Las aportaciones de organizaciones como la Institución Libre de Enseñanza a la pedagogía en las décadas anteriores a 1898 eran una contundente respuesta a las posibilidades de articular una pedagogía liberal que superara una educación fundamentada en el miedo, la falta de sensibilidad, la vigilancia o la delación.

En función de lo expuesto, es momento de reivindicar la riqueza de la literatura como fuente histórica de gran valor para la historia de la educación. Más allá de las descripciones que en numerosos trabajos literarios se pueden hallar en relación con los pro-

55. PUELLES BENÍTEZ, Manuel: *Educación e ideología en la España contemporánea*, Madrid, Tecnos, p. 196.

cesos de enseñanza y aprendizaje, es posible indagar en el modo en que un determinado discurso es articulado en un momento histórico concreto. El análisis de los componentes propios de este discurso es el que conduce, a su vez, a la reconstrucción del imaginario pedagógico propio en el que determinados argumentos son expuestos. Justo Serna ha desarrollado y puesto en práctica esta potencialidad que la literatura ofrece para los estudios históricos:

«Con la literatura, el investigador puede acceder a un mundo que le está vedado, el mundo pasado de lo cotidiano, la vida imaginada por los escritores para representar las existencias probables, grandes o pequeñas, de su contemporáneos. Con las novelas, con los relatos orales, nuestros antepasados daban significado a su propia realidad, la nombraban y proyectaban sus conductas en las figuras de otros que, como ellos, se batieron bravamente por sobrevivir.»<sup>56</sup>

56. SERNA, Justo: *Pasados ejemplares. Historia y narración en Antonio Muñoz Molina*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 27-28